

## [DE OBITU VALENTINIANI CONSOLATIO.]

### IN CONSOLAT. DE OBITU VALENTINIANI ADMONITIO.

Valentiniano junior estaba a punto de regresar de las Galias a Italia, llamado por el temor a una irrupción de bárbaros, cuando fue asesinado por la traición del conde Arbogastes el 15 de mayo del año 392, en la vigilia del sagrado Pentecostés. Su cuerpo fue trasladado poco después a Milán, donde se conservó en su palacio hasta recibir las órdenes de Teodosio sobre su sepultura. Finalmente, con las cartas del emperador, se celebraron las exequias de Valentiniano, en las cuales Ambrosio pronunció el siguiente discurso en honor del príncipe, arrebatado del imperio y de la vida a los veinte años.

En el discurso, tras exponer brevemente las razones que lo llevaban a hablar (Num. 1), Ambrosio menciona que Valentiniano había llegado (Num. 2), pero rodeado de lágrimas de todos los que lo lloraban como a un padre público (Num. 3). Luego (Num. 3 y ss.), tomando prestados lamentos de Jeremías, lamenta al príncipe que, con la madurez de sus consejos unida al florecimiento de su juventud, había atraído incluso a los bárbaros a su veneración, afirmando que el luto era común a toda Italia; pero que concernía principalmente a la Iglesia (Num. 5 y 6), ya que había sido golpeada en ambas mejillas por la muerte de Graciano y Valentiniano. Después de esto, al mostrar cuán raros son aquellos que en la juventud se abstienen de vicios o regresan pronto al buen camino, demuestra (Num. 9 y ss.) que el mismo Valentiniano había sometido su cuello al yugo del Señor siendo aún joven; y si había algo en sus costumbres que pudiera dar lugar a críticas, esto fue borrado con tan rápida enmienda (Num. 14 y ss.) que cerró la boca a los maledicentes. Luego, al referirse a las virtudes de este príncipe, elogia excelentemente su piedad, de la cual presenta bellos ejemplos de virtud (Num. 18 y ss.). A esto añade (Num. 21 y ss.) su amor por los pueblos, a quienes no podía cargar con nuevos tributos y estaba dispuesto a defender de los bárbaros con evidente peligro para su vida. Allí, recordando el santo varón el ánimo de Valentiniano hacia él (Num. 23 y ss.), y explicando elegantemente con qué ardor deseaba ser bautizado por él y que actuara como su garante ante Arbogastes, deja que broten los más tiernos movimientos de su amor y dolor; para que se hicieran públicas las intenciones y deseos que tenía en favor de ese príncipe, a quien amaba como a un padre. Luego amplifica hábilmente cuánta benevolencia mostró el emperador hacia sus amigos y cuánta caridad hacia sus hermanas (Num. 35 y ss.). Y al dirigir su discurso a ellas, se dispone a enseñarles qué medida deben mantener en el luto por la muerte de su hermano (Num. 41 y ss.); y suaviza con más cuidado (Num. 51 y ss.) aquello que más lamentaban, a saber, que hubiera muerto antes de ser iniciado en el bautismo. De esa consolación pasa a las oraciones, y rogando fervientemente a la divina clemencia que no quiera separar a Valentiniano de Graciano, exhorta a sus oyentes a que con votos comunes aplaquen a Dios por ambos (Num. 54 y ss.). Después de esto, para ilustrar con mayor esplendor las dotes de ambos, aplica a ellos algunos pasajes del Cantar de los Cantares, pero emplea tal cautela y religiosidad (Num. 58 y ss.) que corta de raíz cualquier ocasión de ofensa o calumnia. Al final, después de testificar muy santamente que nunca podría caer en el olvido de estos príncipes ni en sus oraciones ni en sus sacrificios, nuevamente da rienda suelta a su dolor (Num. 77 y ss.); pero también aquí, refugiándose en Dios, le suplica (Num. 81) que no permita que se separe de ellos en la vida futura, sino que compense su muerte prematura con el don de una resurrección más temprana.

De este discurso podemos deducir fácilmente que fue pronunciado en el momento en que se celebraban las exequias de Valentiniano. En cuanto al año y día en que fue sepultado, su determinación depende completamente del conocimiento del año y día en que fue asesinado el mismo príncipe. Sin embargo, en esto Marcellinus Comes comete errores repetidamente;

pues escribe en su Crónica: "Siendo cónsules Tatiano y Símaco, el emperador Teodosio, al salir de Italia, regresó a Constantinopla. El emperador Valentiniano fue estrangulado por la traición de Arbogastes en Vienne el 15 de marzo." Pero su primer error es situar esta muerte en el consulado de Tatiano y Símaco. Es sabido que en el año 391, cuando ejercieron esa dignidad, Teodosio aún estaba en Milán el 15 de abril, y no había partido de Aquilea, donde Valentiniano lo había acompañado, en el mes de julio. Marcellinus también se equivoca al afirmar que el crimen de Arbogastes ocurrió el 15 de marzo; pues este tiempo no puede concordar de ninguna manera con lo que Ambrosio dice en la epístola 53 (Num. 5) sobre los calores estivales. Por eso, los eruditos prefieren la autoridad de Epifanio, quien asegura que la misma muerte ocurrió el 15 de mayo, en el consulado de Arcadio por segunda vez y de Rufino por primera, el día antes de Pentecostés (De Mensur. et Pond. num. 20), es decir, como ya dijimos, en el año 392, el 15 de mayo. Por lo tanto, si añades los dos meses que Ambrosio narra que Justa y Grata lloraron la muerte de su hermano (Num. 49 y 50) al número de Epifanio, entenderás que el funeral de ese emperador se prolongó hasta el 15 de julio mientras se esperaba la orden de Teodosio.

Sin embargo, incluso en esta opinión puede surgir alguna duda, ya que Ambrosio, al escribir en la epístola citada anteriormente que la sepultura de Valentiniano debía apresurarse, da como razón que los restos del príncipe muerto no se disuelvan completamente por el calor estival, pues apenas hemos pasado el verano anterior (Num. 5). Debemos admitir que estas palabras, si se interpretan según el uso común, indican más el inicio del otoño que la mitad del mes de julio; sin embargo, es más seguro que Valentiniano fue encontrado con la garganta cortada el 15 de mayo y que permaneció sin enterrar solo por dos meses, que posponer sus exequias hasta el otoño. Por lo tanto, debemos decir que estas dos palabras, "verano anterior", no significan otra cosa que una parte ya pasada de los calores estivales.

En las ediciones antiguas de esta obra, el título era: "Oración fúnebre sobre la muerte del emperador Valentiniano"; en la edición romana: "En la muerte de Valentiniano el joven augusto, Discurso fúnebre". También varían los manuscritos en este título; no faltan aquellos que lo presentan en la forma: "Comienza el tratado sobre la muerte del emperador Valentiniano el joven"; pero en muchos más se expresa así: "Comienza la Consolación (en algunos, carta de Consolación) de Valentiniano", en algunos lugares se añade "el joven". De aquí se deduce que en los encabezados de las Obras, los copistas solían añadir muchas cosas a su antojo, pero entre estas pequeñas diferencias es fácil reconocer el título genuino. Y en esto, Ambrosio tuvo grandes autores a quienes seguir. A la obra que Cicerón escribió sobre la muerte de su hija se le da el título de "Consolación". Plutarco también publicó un libro "de Consolación a Apolonio". Pero ningún autor tiene más escritos con ese título que Séneca el filósofo, de quien se encuentran tres libros con esa misma epígrafe.

#### SANCTI AMBROSII, MEDIOLANENSIS EPISCOPI, DE OBITU VALENTINIANI CONSOLATIO.

1173 1. Aunque escribir sobre lo que duele aumenta el dolor, sin embargo, a menudo encontramos descanso en la conmemoración de aquel cuya pérdida lamentamos; porque al escribir, mientras dirigimos nuestra mente hacia él y fijamos nuestra atención, parece que revive en nuestras palabras: fue un deseo del corazón dejar constancia de algo sobre los últimos momentos de Valentiniano el joven; para que no parezca que hemos olvidado en silencio la memoria de un ser querido que mereció bien de nosotros, y que hemos dejado su recuerdo sin honrar, o que hemos rehuido el estímulo del dolor, ya que a menudo el haber sentido dolor es un consuelo para el que sufre: al mismo tiempo, cuando hablo de él o a él, es como si mi discurso fuera sobre un presente o a un presente.

2. ¿Qué debo lamentar primero? ¿Qué debo deplorar primero con amarga queja? Nuestros días de esperanza se han convertido en lágrimas; pues Valentiniano ha venido a nosotros, pero no como esperábamos. Y sin embargo, incluso con su muerte quiso cumplir su promesa; pero para nosotros su presencia, que deseábamos, se ha vuelto amarguísima. ¡Ojalá aún estuviera ausente de nosotros, para que viviera para sí mismo! Pero él no lo permitió, pues al escuchar que los Alpes de Italia estaban infestados por el enemigo bárbaro, prefirió arriesgarse a sí mismo si abandonaba las Galias, que faltar a nuestro peligro. Reconocemos el gran crimen del emperador, que quiso socorrer al imperio romano. Esta es la causa de su muerte, que está llena de alabanza. Derramemos lágrimas tributarias por un buen príncipe; porque él nos pagó incluso con el tributo de su muerte.

3. Sin embargo, no es necesaria la advertencia para llorar. Todos lloran, lloran los desconocidos, lloran los temerosos, lloran los involuntarios, lloran los bárbaros, lloran incluso los que parecían enemigos. ¿Cuántos lamentos de pueblos ha suscitado desde las Galias hasta aquí a lo largo de todo el trayecto? Todos lloran no como si hubieran perdido a un emperador, sino como si hubieran perdido a un padre público, con un llanto de dolor doméstico, y todos lloran sus propias pérdidas. Hemos perdido a un emperador en quien dos cosas agravan el dolor: la inmadurez de su edad y la madurez de sus consejos. En esto lloro, como dijo el Profeta: Mis ojos se han oscurecido de llanto; porque se ha alejado de mí, quien me consolaba (Thren. I, 16). Mis ojos no solo del cuerpo, sino también de la mente, se han embotado, y una especie de ceguera ha cubierto todos mis sentidos; porque me ha sido arrebatado quien convertía mi alma y me devolvía a la mayor esperanza desde la desesperación total.

4. Escuchad, todos los pueblos, y ved mi dolor. Mis vírgenes y mis jóvenes han ido al cautiverio (Ibid., 18): pero al saber que eran de las filas de Valentiniano, regresaron libres. El enemigo bárbaro sirvió al joven emperador, y olvidando su victoria, recordó la reverencia imperial. Liberó voluntariamente a los que había capturado, excusándose de no haber sabido que eran italianos. Nosotros aún nos preparábamos para añadir un muro a los Alpes: la gracia de Valentiniano no esperó el vallado de los Alpes, los flujos de los ríos, las barreras de nieve, sino que superó los Alpes y los ríos, y nos protegió con el muro de su imperio. Por eso parece que debo usar el comienzo de los lamentos proféticos: ¿Cómo llora Italia, que abundaba en alegrías? Llorando ha llorado en la noche, y sus lágrimas están en sus mejillas. No hay quien la consuele de todos los que la aman. Todos los que la aman la han despreciado. Todo su pueblo gime (Ibid., II).

5. Y porque se dijo de Jerusalén: Llorando ha llorado en la noche; también nuestra Jerusalén, es decir, la Iglesia, ha llorado en la noche; porque quien la hacía más espléndida con su fe y devoción ha caído. Por eso, llorando ha llorado, y aún sus lágrimas están en sus mejillas. La abundancia de lágrimas suele ser declarada por la infusión del rostro húmedo, cuando las lágrimas rocían las mejillas; pero porque está escrito: Sus mejillas son como tazones de especias que producen unguento, sus labios son lirios que destilan mirra plena (Cant. V, 13); se entiende la gracia mística de la Iglesia que llora, que en la muerte de Valentiniano derramó el buen unguento de su dolor, y celebra su vida proclamándola. A quien la muerte no pudo dañar, porque el olor de la predicación, celebrada por la boca de todos, abolió todo hedor de muerte.

6. Lloro, pues, la Iglesia su prenda, y sus lágrimas están en sus mejillas. ¿Cuál es la mejilla? Quien te golpee en la mejilla, ofrécele también la otra (Luc. VI, 29); porque en el dolor es paciente, para que el que golpea se arrepienta. Fuiste golpeada, Iglesia, en tu mejilla; cuando

perdiste a Graciano: ofreciste también la otra, cuando te fue arrebatado Valentiniano. Con razón tienes lágrimas no en una mejilla, sino en ambas; porque lloras piadosamente a ambos hermanos. Lloras, pues, Iglesia, y con el llanto tus mejillas rebosan como con ciertos goteos de piedad. ¿Cuáles son esas mejillas de la Iglesia? De las que en otro lugar dice la Escritura: Como la corteza de granadas son tus mejillas (Cant. VI, 6). Estas son las mejillas en las que suele brillar la modestia, resplandecer la belleza: en las que está la flor de la juventud, o el signo de la edad perfecta. En la muerte, pues, de los fieles emperadores hay una cierta vergüenza de la fe, una cierta modestia de la Iglesia: y en tan inmadura muerte de los piadosos príncipes, toda la belleza de la Iglesia es más triste.

7. Lloras la Iglesia en sus sabios, que son como la cabeza de la Iglesia: porque los ojos del sabio están en su cabeza (Eccl. II, 14). Lloras en sus ojos, es decir, en sus fieles; porque está escrito: Tus ojos son como palomas, fuera de tu silencio (Cant. IV, 1); porque ven espiritualmente, y saben callar los misterios que han visto. Lloras en sus sacerdotes, que son como las mejillas de la Iglesia, en las que está la barba de Aarón (Psal. CXXXII, 2), es decir, la barba sacerdotal, en la que desciende el unguento desde la cabeza. Estos son en quienes está la belleza de la Iglesia, en quienes su flor es más grata, en quienes la edad es más perfecta: que como cortezas de granadas muestran la belleza exterior con abstinencia corporal, pero dentro cuidan con sabiduría espiritual al pueblo diverso en edad y sexo que se les ha confiado, expuestos al mundo a las injurias, pero dividiendo los misterios internos. Lloras en sus vírgenes, que son como lirios, y lirios llenos de mirra, mostrando el candor de la integridad y la gloria de la mortificación de la atracción corporal.

8. En estos, pues, lloras, como está escrito: Las vías de Sion lloran, sus sacerdotes gimen, sus vírgenes son llevadas, y ella misma se indigna dentro de sí (Thren. I, 4). Y dentro de sí se indigna, pero a Valentiniano le dice: Te tomaré y te llevaré a la casa de mi madre y al secreto de la que me concibió. Te daré de beber del vino del unguento laborioso (Cant. VIII, 2), es decir, del unguento de mucho trabajo, de mucho olor, del flujo de mis granadas; para que beba el vino que alegra el corazón del hombre (Psal. CIII, 15), y fluya en él el flujo de las granadas, en las que hay mucho y diverso fruto. Porque el discurso de muchos sentidos, y abundante en diversas Escrituras, el discurso de los ángeles, el discurso de los apóstoles y profetas, que la santa Iglesia abarca como en una sola corteza, es el flujo de las granadas.

9. Viendo esto Valentiniano, lleno de gracia íntegra, responde: Las misericordias del Señor que no hemos percido; porque no se han consumado sus misericordias. Las renovará como la luz de la mañana (Thren. III, 12). Muchos son mis gemidos, y mi corazón ha desfallecido. Mi suerte es el Señor, dije; por eso lo esperaré. Bueno es el Señor para los que lo esperan, para el alma que lo busca. Bueno es esperar en la salvación del Señor. Bueno es para el hombre cuando lleva el yugo pesado en su juventud: se sentará solo, y callará; porque llevó el yugo pesado (Ibid., 24 y ss.). Y él se consuela con la recompensa de sus virtudes; porque en su juventud absorbió trabajos, soportó muchos peligros; prefirió el yugo pesado de un propósito más corregido, que llevar con el cuello vivo de la mente el yugo suave y lleno de delicias.

10. Bienaventurado ciertamente quien corrige su error incluso en la vejez, bienaventurado quien incluso bajo el golpe de la muerte aparta su mente de los vicios. Bienaventurados aquellos cuyos pecados están cubiertos (Psal. XXXI, 1); porque está escrito: Apártate del mal, y haz el bien, y habita para siempre (Psal. XXXIII, 15). Cualquiera que, por lo tanto, se aparte de los pecados, y se convierta a lo mejor en cualquier edad, tendrá el perdón de los pecados anteriores, que haya confesado con el afecto de arrepentirse, o haya rechazado con el ingenio de corregirse. Pero a este, con muchos, se le debe ganar la sociedad del perdón;

porque muchos son los que pudieron retirarse de los pecados y del desliz de la juventud en la vejez: pero raro es quien en la juventud lleva el yugo pesado con seria sobriedad. Este es el yugo del que el Señor dice en el Evangelio: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar; tomad mi yugo sobre vosotros (Matth. XI, 28, 29). Si alguien, por lo tanto, antes de que se cargue con el pesado fardo de los pecados, lleva el yugo en la juventud, se sentará solo: no comparado con muchos, sino con aquel que puede decir: Porque tú me has puesto en esperanza singularmente (Psal. IV, 10).

11. Pero tal vez digas: ¿Cómo dice Jeremías yugo pesado, cuando en el Evangelio el Señor dijo: Mi yugo es suave y mi carga ligera (Matth. XI, 29)? Primero aprende que el griego solo puso yugo, no añadió pesado. Sin embargo, también observa que aunque así fuera en los Lamentos (Thren. III, 27), en el Evangelio dijo yugo suave y carga ligera, no yugo ligero. Porque el yugo de la Palabra puede ser pesado, pero suave: pesado para el joven, pesado para el adolescente, cuya edad es más florida; para que no quiera ofrecer el cuello del alma para ser sometido al yugo de la Palabra. El yugo de la Palabra también puede parecer pesado debido a las cargas de la disciplina, la austeridad de la corrección, el peso de la abstinencia, y la restricción de la lascivia; sin embargo, ser suave por el fruto de la gracia, la esperanza de la recompensa eterna, la suavidad de una conciencia más pura. Sin embargo, dijo yugo suave de la Palabra, carga ligera de la obediencia; porque para quien haya recibido el yugo de la Palabra con un cuello paciente, la carga de la disciplina no podrá ser pesada.

12. Quien, por lo tanto, lleve el yugo desde la juventud, se sentará solo, y callará, regocijándose en los misterios eternos de la recompensa divina revelados a él. O ciertamente callará, no necesitando excusa por el pecado, que previno con una confesión madura, y depuso con una corrección pronta. No se le dice a este: Lo que no reuniste en la juventud, ¿cómo lo encontrarás en la vejez? (Eccl. XXV, 5). Sin embargo, también puede entenderse así, que quien pronto lleve el yugo de la Palabra, es decir, desde la juventud, no se mezclará con los jóvenes, sino que se sentará aparte y callará; hasta que se instruya a sí mismo con la plena perfección de la virtud, y vista gran paciencia en su alma: y dará su mejilla al que lo golpea, despreciando incluso la injuria de la herida; para que obedezca los mandatos celestiales.

13. Es grande abstenerse de los vicios de la juventud o abandonarlos en el umbral mismo de la juventud y convertirse a cosas más serias; pues los caminos de la juventud son resbaladizos y complicados. Finalmente, Salomón dice: Tres cosas me son imposibles de entender, y una cuarta que no conozco. Las huellas del águila volando, los caminos de la serpiente en la roca, las sendas del barco navegando, y los caminos del hombre en su juventud (Prov. XXX, 18, 19). David, sin embargo, dice: No recuerdes los pecados de mi juventud y mis ignorancias (Sal. XXIV, 7). Pues el joven no solo cae por la fragilidad de la edad resbaladiza, sino que también a menudo peca por ignorancia de los mandamientos celestiales: sin embargo, rápidamente merece el perdón quien alega ignorancia. Por lo tanto, el profeta dice: No recuerdes los pecados de mi juventud y mis ignorancias. No dice: No recuerdes los pecados de mi vejez y mi conocimiento; sino que, como profeta que rápidamente corrigió y enmendó los vicios de la juventud, alega la edad y la ignorancia.

14. Valentiniano también, incluso en el pecado, se asemeja al profeta al decir: No recuerdes los pecados de mi adolescencia y mis ignorancias. Y no solo lo dijo, sino que también corrigió el error antes de aprender que había caído en algún error. Por lo tanto, dice: No recuerdes la corrección de mi juventud. El error está en muchos, la corrección en pocos.

15. ¿Y qué diré ya de otros, que incluso pensaron que debían abstenerse del juego de la juventud, cortar la licencia de la edad, suavizar la dureza de la severidad pública, y mostrar la suavidad de la vejez en años ajenos a aquel que sería llamado al peligro de un crimen probado? Al principio se decía que disfrutaba de los juegos circenses: lo eliminó de tal manera que ni siquiera en los cumpleaños solemnes de los príncipes, ni por la gracia del honor imperial, consideraba que los circos debían celebrarse. Algunos decían que se ocupaba en cacerías de fieras y que su atención se apartaba de los asuntos públicos: ordenó matar a todas las fieras en un momento.

16. Escuchar en el consistorio los asuntos, y con el espíritu de Daniel, en los que los ancianos dudaban o se dejaban llevar por la apariencia de alguna persona, verías al joven dar una sentencia adecuada y anciana. Los envidiosos decían que pedía el almuerzo prematuramente: comenzó a frecuentar tanto el ayuno, que a menudo él mismo, sin haber almorzado, ofrecía un banquete solemne a sus Comités: con lo cual satisfacía tanto a la religión sagrada como a la humanidad del príncipe.

17. Se anunciaba que en Roma los jóvenes nobles se perdían por la forma y el encanto de una actriz: ordenó que viniera a la corte. Un enviado, corrompido por el precio, regresó sin cumplir el mandato: envió a otro, para que no pareciera que había querido corregir los vicios de los jóvenes y no había podido. Se dio lugar a algunos para criticar; sin embargo, nunca la condujo ni la vio. Después ordenó que regresara; para que todos reconocieran que su mandato no era en vano, y enseñara a los jóvenes a moderarse del amor de una mujer, a quien él, que podía tener bajo su poder, había despreciado. Y esto lo hizo cuando aún no tenía esposa, y sin embargo mostraba su castidad como si estuviera atado en matrimonio. ¿Quién fue tan dueño de su cuerpo como él? ¿Quién fue tan juez de los demás como él censor de su propia edad?

18. ¿Qué diré de su piedad? quien, cuando un hombre de noble linaje y rica ascendencia, que suele despertar rápidamente la envidia, era acusado por la codicia real, y el prefecto insistía, respondió que no se decidiera nada sangriento especialmente en días santos. Y cuando después de algunos días se leyó el libelo del acusador, pronunció que era calumnia, y ordenó que el acusado permaneciera libre hasta que el prefecto investigara. Ni antes ni después nadie temió la envidia de un crimen tan grande bajo el joven emperador. El joven se reía de lo que los emperadores robustos temen.

19. Había enviado a Roma legados para recuperar los derechos de los templos, los privilegios profanos de los sacerdocios, el culto de sus sagrados, y, lo que es más grave, se esforzaban en nombre del senado. Y cuando todos los que estaban presentes en el consistorio, tanto cristianos como gentiles, decían que debían ser devueltos, él solo, como Daniel (Dan. XIII, 45), con el Espíritu de Dios despertado en él, acusaba a los cristianos de perfidia, y se oponía a los gentiles diciendo: Lo que mi piadoso hermano arrebató, ¿cómo pensáis que debe ser devuelto por mí? ya que en ello se ofende tanto la religión como al hermano, a quien no querría superar en piedad.

20. Y cuando se le recordaba el ejemplo paterno, que bajo su padre nadie había quitado esas cosas, respondió: Alabáis a mi padre porque no las quitó; ni yo las quité. ¿Acaso mi padre las devolvió, para que me pidáis que las devuelva? Finalmente, incluso si mi padre las hubiera devuelto, mi hermano las quitó, preferiría ser imitador de mi hermano en esa parte. ¿Acaso mi padre fue augusto y mi hermano no lo fue? A ambos se les debe igual reverencia, y la gracia de ambos es igual respecto a la república. Imitaré a ambos: para no devolver lo que mi padre no pudo devolver, porque nadie lo había quitado: y conservaré lo que fue establecido

por mi hermano. Que Roma, como madre, pida cualquier otra cosa que desee: debo afecto a la madre, pero más debo obediencia al autor de la salvación.

21. ¿Qué diré del amor de los provincianos, o del que él mismo les profesaba, o del que le devolvían a su consejero, a quienes nunca permitió que se les impusiera nada? ¿Podrán los pasados, dijo, resolverlo, podrán soportar lo nuevo? Por esto las provincias alaban a Juliano: y él en la robusta edad, este en el progreso de la juventud; aquel encontró muchas cosas y las agotó todas; este no encontró nada y abundó para todos.

22. Escuchó, estando en las partes transalpinas, que los bárbaros se acercaban a las fronteras de Italia: preocupado de que su reino fuera atacado por un enemigo ajeno, se apresuraba a venir, deseando dejar los ocios galicanos y asumir nuestros peligros.

23. Esto es común para mí con otros. Aquello privado, que a menudo me llamaba ausente, y se ofrecía a ser iniciado por mí en los sagrados misterios. Incluso cuando un rumor llegó a la ciudad de Viena, de que iba allí para invitarlo a Italia; ¡cuánto se alegraba, cuánto se congratulaba de que yo, deseado por él, estaría presente! La demora de mi llegada le parecía más prolongada. ¡Y ojalá ningún mensajero hubiera precedido su llegada!

24. Ya había prometido que partiría, respondiendo tanto a los honorables que lo pedían, como al prefecto, para que se consultara la tranquilidad de Italia, que no podría entrometerme por vergüenza, pero que no faltaría a las necesidades. Esto estaba confirmado: he aquí que al día siguiente llegaron cartas sobre la preparación de las mansiones, la provisión de ornamentos reales, y otras cosas de este tipo que indicaban que el emperador iba a emprender el viaje. Por estas cosas, la embajada fue interrumpida por aquellos mismos que la habían solicitado.

25. Me consideraba culpable de mi esperada presencia no cumplida: ¡pero ojalá debiera esta culpa a ti vivo! Me excusaría de no haber escuchado tus peligros, de no haber recibido tus cartas, de no haber podido encontrarte con mis propios medios, incluso si hubiera emprendido el viaje. Así, seguro del perdón, mientras pospongo el día, leo el itinerario de tu llegada; he aquí que recibo un rescripto, para que pensara que debía partir sin demora, ya que querías que tuviera como garante de tu fe a tu Conde. ¿Acaso me resistí? ¿Acaso me demoré? Se añadió que debía apresurarme más, y no pensar que la causa de mi viaje era el sínodo de los obispos galos, por cuyas frecuentes disensiones a menudo me había excusado: sino para que él mismo fuera bautizado.

26. En la misma salida ya podía conocer los indicios de las cosas realizadas, pero por el afán de apresurarme no podía advertir nada. Ya superaba las cumbres de los Alpes, y he aquí un amargo mensajero para mí y para todos sobre la muerte de tan gran emperador. Volví sobre mis pasos, y lavé con mis lágrimas. ¿Con qué votos de todos partía? ¿Con qué lamento de todos regresaba? pues no consideraban que se les había arrebatado un emperador, sino la salvación. ¿Cuánto me angustiaba yo mismo con dolor? primero porque un príncipe tan grande, mi dulce tesoro, tan deseoso de mí, había muerto. ¿Qué angustias supe que tuvo en esos dos días en que sobrevivió a las cartas que me había enviado? Partió el mensajero al anochecer, al tercer día por la mañana ya preguntaba si había regresado, si ya venía: así pensaba que le vendría alguna salvación.

27. Oh joven excelente, ¡ojalá hubiera podido encontrarte vivo, ojalá alguna demora te hubiera reservado para mi llegada! No prometo nada sobre alguna virtud mía, nada sobre ingenio y prudencia: pero ¿con cuánto cuidado habría restablecido la concordia y la gracia entre tú y tu Conde? ¿Cuánto me habría ofrecido a mí mismo por tu fe, cuánto habría

asumido sobre mí mismo a aquellos de quienes él decía temer? Ciertamente, si el Conde no hubiera sido influenciado, habría permanecido contigo. Presumía de ti, que me escucharías, si veías que no se te escuchaba.

28. Tenía muchas cosas que guardar: ahora no tengo nada más que lágrimas y llantos. Cada día eres mayor para mi dolor, creces para mi lamento. Todos testifican cuánto me valoraste: todos llaman a mi ausencia la causa de tu muerte. Pero no soy Elías, no soy profeta, para haber podido conocer el futuro: pero soy una voz clamante en el lamento, con la que puedo llorar el pasado. ¿Qué tengo que hacer mejor que devolver lágrimas por tanto afecto tuyo hacia mí? Yo te recibí pequeño, cuando iba como legado a tu enemigo: yo te abracé entregado a las manos maternas de Justina: yo, tu legado nuevamente, repetí las Galias, y para mí fue dulce aquel oficio primero por tu salvación, luego por la paz y piedad, por la cual pedías las reliquias fraternales: aún no seguro por ti, y ya preocupado por el honor de la sepultura fraterna.

29. Pero volvamos a los Lamentos, y entremos en las mismas entrañas del dolor: ¿Qué testificaré, dice, para ti, o a qué te asemejaré, hija de Jerusalén? ¿Quién te salvará, y quién te consolará, virgen hija de Sion? porque grande se ha hecho sobre ti tu destrucción. ¿Quién te sanará (Lam. II, 13)? ¿Y quién me consolará a mí, de quien otros piden el oficio de consolación (Lam. III, 15)? Me llenó de amargura, me embriagó con hiel. Me duele el vientre, me duele el vientre (Jer. IV, 19), para usar el lenguaje profético; porque a quien en el Evangelio iba a engendrar, he perdido.

30. Pero él no perdió la gracia que pidió, quien en el discurso que usaba para el pueblo, hoy resucitó. Pues cuando en el tratado de la lectura propuesta, que el pueblo pobre bendecía a Dios; comencé a buscar quién era este pueblo, y a distinguir que había un pueblo, uno rico, otro pobre: rico el de los judíos, pobre el de la Iglesia: rico aquel con los oráculos confiados a él, este pobre tomando prestados oráculos ajenos. Con razón pobre; porque fue congregado por aquel pobre, a saber, aquel que se hizo pobre, siendo rico, para que nosotros nos enriqueciéramos con su pobreza: pues se vació a sí mismo, para llenar a todos (II Cor. VIII, 9).

31. Pero ¿cómo pobre quien tenía las riquezas de la eternidad y la plenitud de la divinidad? Finalmente, estaba en la carne, y decía: Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del poder (Mat. XXVI, 64). Y en otro lugar dice a Pedro: Te daré las llaves del reino de los cielos (Mat. XVI, 19). ¿Este, entonces, pobre, que donaba el reino celestial? Pero escucha cómo pobre: Tomad, dice, mi yugo sobre vosotros; porque soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29). Por eso también su pueblo es pobre, no por indigencia, a quien veo más rico que aquel pueblo rico; pues no solo mereció tener los oráculos de los profetas, sino también los preceptos de los apóstoles, derramados por el Espíritu divino.

32. No, pues, pobre por indigencia, sino pobre de espíritu, a quien se le dijo: Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). Verdaderamente bienaventurados los pobres, que recibieron lo que los ricos no tenían. De este número es aquel pobre profético, de quien está escrito: Este pobre clamó, y el Señor lo escuchó (Sal. XXXIII, 6). De este pueblo aquel que dijo: Plata y oro no tengo, pero lo que tengo, esto te doy: En el nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda (Hech. III, 6). Aquel, entonces, pobre, autor del pueblo pobre, dice: Dios, no calles mi alabanza; porque la boca del pecador y la boca del engañoso se han abierto contra mí. Han hablado contra mí con lengua engañosa, y con palabras de odio me han rodeado, y me han combatido sin causa. En lugar de amarme, me calumniaban: pero yo oraba (Sal. CVIII, 2 y ss). Buena defensa es la oración, con la que

se repelen todas las flechas encendidas del adversario (Efes. VI, 16). Oraba, pues, el Señor Jesús, y su imitador Valentiniano oraba.

33. Pero tal vez se diga: ¿De qué le sirvió su oración? He aquí que murió en el primer curso de su vida. Hablo de la rapidez de la muerte, no del tipo; pues no uso la voz de la acusación, sino del dolor. Pero también el Señor oraba, y fue crucificado; pues oraba para quitar el pecado del mundo. Escuchemos, pues, qué ora el discípulo de Cristo: ciertamente lo que el maestro enseñó. Pero enseñó que vigilemos y oremos, para no entrar en tentación, es decir, para no caer en pecado. Esta es la tentación del cristiano, si cae en peligro de su alma: pero temer la muerte no es de perfección.

34. Además, uno debe rogar incluso por sus enemigos, orar también por los que lo persiguen, como el Señor oraba, diciendo: Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Mira la gran clemencia. Ellos perseguían a su propio autor, él perdonaba incluso los graves pecados de sus adversarios; incluso los excusaba con el velo de la ignorancia, diciendo: Porque no saben lo que hacen; pues si supieran, no perseguirían a su Señor, en cuyo poder y derecho considerarían estar su salvación. Y porque no estaban contentos solo con la muerte de Cristo, añadían maldiciones y reproches, como él mismo dice: Maldicen ellos, y tú bendecirás (Sal. CVIII, 28). Nos enseñó que no debemos temer las maldiciones de los perseguidores, cuando tenemos al autor de la bendición: ni deben movernos los reproches, donde hay un protector que puede quitar las maldiciones.

35. ¿Qué de aquello que no temió morir? Más bien se ofreció por todos diciendo que en vano los inocentes eran llamados a la envidia, que en vano otros se ponían en peligro por él: y más bien deseaba la muerte para sí mismo, para que él no fuera la causa de muerte para otros. Esto es lo que el Señor en el Evangelio dijo en su misma captura: Si me buscáis a mí, dejad ir a estos (Juan XVIII, 8). Murió, pues, por todos los que amaba, por quien sus amigos consideraban poco si todos perecían.

36. Hemos advertido qué ánimo tenía hacia sus amigos, consideremos qué afecto tenía hacia sus hermanas. En ellas descansaba, en ellas se consolaba, en ellas relajaba su ánimo, y calmaba sus corazones cansados de preocupaciones. Les rogaba que si en algún desliz de su infancia, si en alguna palabra se veían ofendidas por el hermano, le perdonaran, le pidieran al Señor Dios por su perdón. Besaba las manos, las cabezas de sus hermanas, olvidando el imperio, recordando la hermandad: y cuanto más a otros les superaba por el derecho del poder, más humilde se mostraba a sus hermanas. Les rogaba que no recordaran la injuria, sino la gracia.

37. Sucedió que escuchó un asunto sobre la posesión de una de ellas; pues era tal que incluso en la causa de sus hermanas se le consideraba un juez justo por los provincianos: que aunque se inclinara por la caridad hacia sus santas relaciones, sin embargo, temperaba su piedad con justicia. Escuchó el asunto no sobre el derecho, sino sobre la posesión de una propiedad. De un lado la piedad por las hermanas, del otro la misericordia por la causa del huérfano competía; para que intercediera por él ante sus hermanas. Remitió el asunto al juez público, para no dañar ni el derecho ni la piedad. Sin embargo, en privado, según advertimos por el propósito de las nobles doncellas, imprimió un afecto piadoso a sus santas hermanas; para que tuvieran la voluntad de conceder la propiedad, dieran una indicación. Verdaderamente dignas de tan gran hermano las hermanas, que preferían ceder de su propio derecho lo que la madre les había dejado, antes que hacer pasar vergüenza al hermano en su causa.

38. Esta es para vosotras, santas almas, una herencia más preciosa de la alabanza y gloria fraterna, con estas cosas vuestro piadoso hermano os hizo más nobles y ricas, que no cargaba vuestra cabeza con gemas, sino con besos: no rodeaba vuestras manos con insignias reales, sino que las besaba con su boca imperial. En el fruto de vuestra presencia ponía todo consuelo, para que no deseara demasiado a su esposa. Por eso difería las bodas, porque más lo alimentaba el afecto de vuestra gracia. Que estas cosas sean para vosotras más de deseo que de dolor; para que la gloria fraterna refresque más la mente que el dolor la atormente. Las lágrimas a menudo alimentan y elevan la mente: el llanto refresca el pecho y consuela el afecto triste.

39. Veis un funeral duro; pero también estaba la santa María junto a la cruz de su Hijo, y la Virgen contemplaba la pasión de su unigénito. La leo de pie, no llorando. Por eso le dijo el Hijo: Mujer, he aquí tu hijo. Y al discípulo le dijo: He aquí tu madre (Juan XIX, 26, 27); dejándoles la herencia de su caridad y gracia. En lo cual, queridos hijos, ya que no merecí conservar a vuestro hermano por mis pecados, deseo mostraros afecto paternal. Lo veo en vosotras, lo tengo, lo considero presente; más bien a ambos hermanos, a quienes considero como mis ojos arrancados. Es más feliz que los emperadores persigan a los obispos, que los amen. ¿Cuánto más feliz me amenazaba Máximo? En su odio había alabanza, en el amor de estos hay una herencia de suplicio mortal. ¡Ojalá, hijos, hubiera podido derramar este espíritu por vosotros! Había encontrado un atajo al dolor, y me habría sido más glorioso morir por tan grandes tesoros.

40. Pero volveré a vuestra consolación, santas hijas, aunque la amargura de los hechos absorba toda la fuerza de la consolación. Si es breve, no aporta nada para calmar el afecto triste: si es prolongada, trae una advertencia más larga del dolor. Pues cuanto más prolongada sea, más afectará en consolar a aquel a quien deseas consolar, y más tiempo retendrás su tristeza.

41. No voy a secar vuestras lágrimas con el pincel de mis palabras; ni siquiera lo haría si pudiera: hay en los sentimientos piadosos un cierto placer en llorar, y a menudo el dolor intenso se disipa con las lágrimas. Pero os pido que no arranquéis a vuestro hermano de vuestro pecho con gemidos duros, ni lo apartéis con lamentos, ni lo despertéis de su descanso. Que él permanezca en vuestro corazón, que viva en vuestro pecho, que se aferre a vuestros abrazos piadosos, como solía hacerlo; que él selle con besos fraternales, que siempre esté en vuestros ojos, siempre en vuestros besos, siempre en vuestras conversaciones, siempre en vuestras mentes: él ya es tal que no debéis temer por él como antes. Olvidad su sufrimiento, retened su gracia. Que él sea esperado para ayudaros, que él esté presente como protector en las noches, que ni siquiera el sueño lo excluya de vosotros. Que el descanso os deleite por él, para que os sea más grato su regreso. Está en vosotras, hijas, que nadie pueda ya arrebatáros a vuestro hermano.

42. Pero deseáis tener su cuerpo, os aferráis al sepulcro que lo rodea. Que ese sepulcro del hermano sea para vosotras una morada, que sea el salón del palacio donde descansan sus queridas partes.

43. Si me recordáis ese dolor, que pronto dejó esta vida: tampoco niego que murió en una edad inmadura, a quien hubiéramos querido sostener con los años de nuestra vida; para que viviera de nuestros años, quien no pudo disfrutar de los suyos.

44. Pero pregunto si hay algún sentido después de la muerte, o ninguno. Si lo hay, vive; más aún, porque es, ya disfruta de la vida eterna. Pues, ¿cómo no tiene sentido aquel cuya alma vive, y florece, y regresará al cuerpo; y hará que, cuando se le infunda, reviva? Clama el Apóstol: No queremos que ignoréis, hermanos, acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis, como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó; así también Dios traerá con él a los que durmieron por Jesús (I Tes. IV, 12, 13). Por lo tanto, les espera la vida, a quienes les espera la resurrección.

45. Si las naciones, que no tienen esperanza de resurrección, se consuelan con esto solo, diciendo que no hay sentido alguno después de la muerte de los difuntos, y por lo tanto no queda sentido del dolor: ¿cuánto más debemos nosotros recibir consuelo; porque la muerte no debe ser temida, ya que es el fin de los pecados: y la vida no debe ser desesperada, que se restaura con la resurrección? Job también enseña que la muerte no debe ser temida, y más bien deseada por los piadosos, diciendo: Ojalá me guardaras en el infierno, y me escondieras, hasta que se calme tu ira, y me fijes un tiempo en el que te acuerdes de mí. Porque si un hombre muere, vivirá. Completando los días de mi vida esperaré, hasta que vuelva a ser. Entonces llamarás, y yo te obedeceré: pero no desprecies las obras de tus manos (Job. XIV, 13, 14).

46. Sin embargo, aunque sea doloroso que haya muerto en una edad temprana; es motivo de alegría que haya fallecido como veterano en las recompensas de las virtudes. Pues tal fue la corrección de su vida en ese tiempo resbaladizo de la adolescencia, tal la alabanza de sus costumbres, que cubre toda memoria del dolor. Porque el hecho de que murió, es de la fragilidad: el hecho de que fue tal, es de admiración. ¡Cuán bendita hubiera sido la república si hubiera podido conservarlo por más tiempo! Pero como la vida de los santos no está aquí en la tierra, sino en el cielo (para los justos vivir es Cristo, y morir es ganancia, porque disolver y estar con Cristo es mucho mejor), es doloroso que nos haya sido arrebatado pronto, pero es consolador que haya pasado a cosas mejores.

47. Finalmente, David lloraba al hijo que iba a morir, pero no se dolía del que ya había muerto (II Sam. XII, 20). Lloraba para que no le fuera arrebatado, pero dejó de llorar al que sabía que estaba con Cristo. Y para que sepas que lo que afirmo es verdad, lloró al hijo incestuoso Amnón asesinado (II Sam. XIII, 36), se dolió por el parricida Absalón asesinado diciendo: ¡Hijo mío Absalón, hijo mío Absalón! (II Sam. XVIII, 33), no pensó que el hijo inocente debía ser llorado, porque creía que aquellos habían perecido por su crimen, y que este viviría por su inocencia.

48. Por lo tanto, no tenéis nada que lamentar gravemente en vuestro hermano: nació hombre, estuvo sujeto a la fragilidad humana. Nadie se redime de la muerte, ni el rico, ni los mismos reyes; más bien, ellos están sujetos a cosas más graves. Job dijo: Los años contados se dan al poderoso, pero su temor está en sus oídos; cuando parece tener paz, entonces vendrá su destrucción (Job. XV, 20). También vosotros debéis soportar pacientemente que os haya sucedido algo tan amargo, que veis que es común con los santos. Incluso David fue privado de sus hijos: hubiera deseado que murieran como vuestro hermano os fue arrebatado; él lamentó los crímenes, no la muerte de sus hijos.

49. Pero supongamos que debe ser lamentado. ¿Hasta cuándo se prolongan los tiempos de luto? Habéis cerrado el ciclo de dos meses en el abrazo diario del funeral fraterno. Solo en las Escrituras la hija de Jefté pidió tiempo para su llanto, al saber que su padre, al ir a la batalla, había prometido ofrecer al Señor lo que primero le saliera al encuentro. Después de la victoria, su hija, ignorante de la piedad, ignorante de la promesa, salió a su encuentro. La vio,

y el padre gimió, diciendo: ¡Ay de mí, hija, me has impedido, te has convertido en un aguijón de dolor para mí. Porque he abierto mi boca sobre ti al Señor, y no podré retractarme. Ella le dijo: Padre, si has abierto tu boca sobre mí, hazme lo que salió de tu boca. (Jueces XI, 35). Y de nuevo dijo: Déjame dos meses, y yendo lloraré en los montes sobre mi virginidad yo, y mis compañeras amigas (Ibid., 37). Así que, cumplidos los dos meses, cumplió el sacrificio; que por decreto del pueblo de Israel fue lamentada por las mujeres de ese pueblo cuatro días al año.

50. Por lo tanto, para lamentar la flor de su virginidad, la hija de Jefté juzgó que dos meses eran suficientes, y aún no había llegado la resurrección; y en ese espacio de tiempo consideró suficiente ser lamentada por unos pocos; todos los pueblos lloraron con vosotras, todas las provincias gimieron; ¿y aún consideráis que estos sufrimientos vuestros son pequeños? Si pudierais redimir a vuestro hermano con vuestra propia destrucción, él no querría ser resucitado por vuestra aflicción; porque creyó que vivía mejor en vosotras, quien prefirió morir él mismo, antes que ver vuestra injuria, quien por vosotras estaba dispuesto a ofrecerse, quien en el mismo día de nuestro dolor se dice que emitió esta única voz. ¡Ay de mis pobres hermanas! Así que lamentaba más vuestra desolación que su propia muerte.

51. Pero os oigo lamentar que no recibió los sacramentos del bautismo. Decidme, ¿qué otra cosa hay en nosotros, sino la voluntad, sino la petición? Sin embargo, ya desde hace tiempo tenía este deseo, que incluso antes de venir a Italia, quería ser iniciado, y recientemente manifestó que quería ser bautizado por mí; y por eso, entre otras razones, pensó que debía ser llamado. ¿No tiene entonces la gracia que deseó? ¿No tiene la que pidió? Ciertamente, porque la pidió, la recibió. ¿Y de dónde viene aquello: El justo, cualquiera que sea la muerte que lo sorprenda, su alma estará en reposo (Sabiduría IV, 7)?

52. Por lo tanto, Padre santo, concede a tu siervo el don que Moisés, porque lo vio en espíritu, recibió: que David, porque lo conoció por revelación, mereció. Concede, digo, a tu siervo Valentiniano el don que deseó: el don que pidió estando sano, robusto, en plenitud. Si la enfermedad hubiera retrasado su deseo, sin embargo, no estaría completamente alejado de tu misericordia, quien fue defraudado por la rapidez del tiempo, no por la voluntad. Concede, pues, a tu siervo el don de tu gracia, que él nunca negó, quien antes del día de su muerte negó los privilegios de los templos, a pesar de las presiones de aquellos a quienes podría haber reverenciado. Estaba presente una multitud de hombres gentiles, el senado suplicaba: no temía desagradar a los hombres, para agradarte solo a ti en Cristo. Quien tuvo tu espíritu, ¿cómo no recibió tu gracia?

53. O si porque los misterios no se celebraron solemnemente, esto es motivo de preocupación, entonces tampoco los mártires, si fueron catecúmenos, serían coronados; pues no son coronados, si no son iniciados. Pero si son lavados por su propia sangre, también a este lo lavó su piedad y su voluntad.

54. Te ruego, Señor, no lo separes de su hermano, ni permitas que se rompa este yugo de piadosa hermandad. Este ya es tuyo, y reivindicado por tu juicio, Gratiano está en mayor peligro si se separa de su hermano, si no merece estar con él, por quien merecí ser reivindicado. ¿Qué manos levanta ahora hacia ti, Padre? ¿Qué oraciones derrama por su hermano? ¿Con qué abrazo se aferra a él? ¿Cómo no permite que se lo arranquen?

55. También está presente el padre, quien por amor a la fe despreció el servicio militar bajo Juliano y los honores de los tribunos. Concede al padre su hijo, a su hermano su hermano, de quienes imitó a ambos: al uno en la fe, al otro en la devoción y piedad al negar los privilegios

de los templos. Lo que le faltó al padre, lo añadió: lo que el hermano estableció, lo guardó. Y a este aún le añadió intercesión, de quien presumo la recompensa.

56. Dad en las manos los santos misterios, pidamos su descanso con piadoso afecto. Dad los sacramentos celestiales, acompañemos el alma del nieto con nuestras ofrendas. Elevad, pueblos, conmigo las manos en lo santo, para que al menos con este don recompensemos sus méritos (Sal. CXXXIII, 2). No rociaré su tumba con flores, sino que perfumaré su espíritu con el aroma de Cristo. Que otros esparzan lirios con cestas llenas, para nosotros el lirio es Cristo. Con esto consagraré sus reliquias, con esto encomendaré su gracia. Nunca separaré los nombres de los hermanos piadosos, discerniré los méritos. Sé que esta conmemoración agrada al Señor, y que este vínculo lo deleita.

57. Que nadie piense que algo se ha restado a sus méritos por la rapidez de su muerte. Enoc fue arrebatado (Gén. V, 24), para que la maldad no cambiara su corazón (Sab. IV, 11) y Josías en el decimotavo año de su reinado celebró la Pascua del Señor de tal manera que superó en devoción a todos los príncipes anteriores, y no sobrevivió más tiempo por los méritos de su fe; más bien, porque un grave desastre se cernía sobre el pueblo de Judá, el rey justo fue arrebatado antes (II Reyes XXIII, 21). Temo, por tanto, que también tú nos hayas sido arrebatado por alguna ofensa nuestra, para que en el decimotavo año de tu reinado evites la amargura del mal inminente, como justo.

58. Pero ahora abrazaré mis entrañas queridas, y las condenaré al sepulcro debido; pero primero examinaré cada miembro. Mi Valentiniano, mi joven, y blanco y rojo (Cantar de los Cantares V, 10), teniendo en sí la imagen de Cristo; pues con tales palabras la Iglesia en los Cantares sigue a Cristo. Y no pienses que es una injuria: los siervos son inscritos con el carácter del Señor, y los soldados son marcados con el nombre del emperador. Finalmente, el mismo Señor dijo: No toquéis a mis ungidos (Sal. CIV. 15), y vosotros sois la luz del mundo. Y Jacob dijo (Mat. V, 14): Judá, te alabarán tus hermanos (Gén. XLIX, 8). Hablaba al hijo, y revelaba al Señor. Y de José se dijo: Mi hijo se ha ampliado, mi hijo se ha ampliado José (Ibid., 22), y significaba a Cristo.

59. Por lo tanto, también me es lícito marcar al siervo con el carácter del Señor: Mi joven blanco y rojo, elegido entre diez mil (Cantar de los Cantares V, 10). Mi hijo fue elegido, cuando después de la muerte de su padre, siendo niño fue adoptado al imperio. Su cabeza es oro puro, sus ojos como palomas sobre la abundancia de aguas (Ibid., 11) Allí nos sentamos y lloramos, dijeron los que vinieron de allí (Sal. CXXXVI, 1).

60. Su vientre es un recipiente de marfil, que recibe los oráculos de las Escrituras, para que pueda decir: Me duele el vientre (Jer. IV, 19). como dijo el profeta; pues dice estas cosas quien es imitador de Cristo.

61. Sus mejillas son como tazones de especias (Cantar de los Cantares V, 13), en las que fluía el ungüento de Cristo.

62. Sus labios son como lirios que destilan mirra pura. Sus manos torneadas, doradas, llenas de Tarsis (Ibid, 13, 14); porque en sus palabras resplandecía la justicia, en sus hechos y obras brillaba la gracia: en lo que había un discurso lleno de virtud y autoridad real, sin constancia doblada por el terror de la muerte, y una corrección preciosa y enmendada de sus hechos; pues todo buen obrero es mano de Cristo.

63. Su garganta es dulzura, y todo él es deseable (Ibid., 13). ¡Cuán dulces fueron todos sus juicios que se adhirieron a las fauces de todos! ¡Con cuánta gracia se recuerdan cada uno de sus discursos! ¿Cómo, hijo, eres deseado por los pueblos? Ciertamente me dejaste impresas en el corazón las últimas palabras que me pediste que fuera tu garante. Dejaste tú mismo de mí testimonio de juicio glorioso. No pude mostrarte mi fidelidad, que preparaba; sin embargo, dije ausente, y Cristo escuchó mi fe por ti. Mi promesa está retenida en el cielo, aunque no esté retenida en la tierra. Estoy obligado a Dios, aunque no pude estar obligado a los hombres.

64. Hablé de tu cuerpo, ahora hablaré a tu alma digna de ornamentos proféticos. Por lo tanto, usaré los mismos comienzos: ¿Quién es esta que se asoma como el alba, hermosa como la luna, elegida como el sol (Cantar de los Cantares VI, 9)? Me parece verte resplandeciente, me parece oírte decir: El alba es para mí, padre. La noche terrena ha pasado, el día celestial se ha acercado (Rom. XIII, 12) Por lo tanto, nos miras, alma santa, desde un lugar superior, como mirando las cosas inferiores. Has salido de las tinieblas de este mundo, y como la luna resplandeces, como el sol brillas. Y bien como la luna, porque incluso antes, en la sombra de este cuerpo resplandecías e iluminabas las tinieblas de la tierra, y ahora, cambiada, llevas un día claro con la luz del sol de justicia. Por lo tanto, me parece verte como saliendo del cuerpo y, al disiparse la oscuridad de la noche, levantándote al amanecer como el sol acercándote a Dios, y con rápido vuelo como el águila, dejando las cosas terrenales.

65. Vuélvete, Sulamita, vuélvete; y te veremos (Cantar de los Cantares VI, 12). Vuélvete a nosotros en paz; para que muestres tu gloria a tus hermanas, y comiencen a consolarse con la seguridad de tu descanso y gracia. Vuélvete a nosotros una sola vez, para que te veamos, y luego vuélvete, y apresúrate con toda intención hacia aquella Jerusalén, la ciudad de los santos. O ciertamente, porque Cristo dice esto al alma piadosa, le ordena que se vuelva por un momento; para que nos aparezca su gloria, y el descanso futuro con los santos: y luego le ordena que se apresure al consorcio supremo de los santos.

66. ¿Qué veréis, dice, en la Sulamita, que viene como coros de campamentos (Cantar de los Cantares VII, 1)? es decir, en ella que ha luchado mucho y contra muchos en el cuerpo. Pues luchó contra enemigos extraños, luchó contra los cambios resbaladizos del mundo, luchó contra las fragilidades del cuerpo, contra múltiples pasiones. Oyó del Señor: Vuélvete, Sulamita (Cantar de los Cantares VI, 12). Se volvió a la paz una vez en el mundo, se volvió a la gracia de Cristo con la comunión renovada; y por eso su conversión fue hermosa en el mundo, su marcha y vuelo al cielo fueron hermosísimos.

67. Por lo cual merece oír: Hermosos se han hecho tus pasos en las sandalias, hija de Aminadab (Cantar de los Cantares VII, 1), es decir, hija de un príncipe; pues has tenido hermosos progresos en el cuerpo, como usando una sandalia, no como un envoltorio; para que, como superior y más eminente, llevaras tu huella donde quisieras sin ninguna ofensa: o ciertamente como si desataras aquella sandalia, como hizo Moisés, a quien se le dijo: Desata la sandalia de tus pies (Éxodo III, 5).

68. Por lo tanto, ahora te dice el padre Aminadab, aquel príncipe del pueblo: Escucha, hija, y ve porque el rey ha deseado tu belleza (Sal. XLIV, 11). Por lo tanto, hermosos se han hecho tus pasos en las sandalias, hija de Aminadab. Los contornos de tus muslos son como collares (Cantar de los Cantares VII, 1), es decir, la gracia y moderación en todos tus hechos, igualaron las insignias de grandes triunfos. Finalmente, por tu moderación y pacífica tranquilidad, ni la Galia sintió al enemigo, y la Italia repelió al enemigo que amenazaba sus

fronteras. No puede dudarse que los collares son insignias de victoria, ya que aquellos que han actuado valientemente en la guerra son honrados con collares.

69. Tu ombligo es un cáliz torneado, que no carece de mezcla. Tu vientre es un montón de trigo rodeado de lirios. Tu cuello es como una torre de marfil. Tus ojos son como estanques en Hesbón (Ibid., 2 y sig.). Buen ombligo del alma, capaz de todas las virtudes, como un cáliz torneado por el mismo autor de la fe. Pues la sabiduría mezcló su vino en un cáliz, diciendo: Venid, comed de mi pan, y bebed del vino que he mezclado para vosotros (Prov. IX, 5). Por lo tanto, este ombligo torneado con toda la belleza de las virtudes no carece de mezcla. También su vientre no solo estaba lleno del alimento frumentario de la justicia, sino que también florecía con gracia y suavidad como un lirio. Su cuello también era blanco y puro, sujeto voluntariamente al yugo de Cristo, pensamientos razonables, olor de fe, atención a la circuncisión, ornamento glorioso de la cabeza; que no coronaban diademas reales, sino las insignias de la sangre del Señor.

70. Merecidamente, como rey vencedor del pecado, y coronado con una corona celestial, ascendió, a cuya alma dice el Verbo de Dios: ¡Cuán hermosa y dulce te has hecho, caridad, en tus delicias (Cantar de los Cantares VII, 6)! Hermosa por la belleza de la virtud, dulce por la gracia. Alta como una palmera, que es el premio del vencedor.

71. A esta alma ascendente se le encuentra su hermano Gratiano, y abrazándola dice: Yo soy para mi hermano, y sobre mí su conversión (Ibid., 10); o porque desea adherirse a él, o porque como abogado asiste con piedad fraterna, diciendo que su conversión debe ser preferida incluso a su propia gracia.

72. Ven, dice, hermano mío, salgamos al campo, descansemos en las aldeas, levantémonos temprano para ir a las viñas (Ibid., 11, 12), es decir, has llegado al lugar donde se entregan los frutos de diversas virtudes según los méritos de cada uno, donde abundan las recompensas de los méritos. Salgamos, pues, al campo, donde el trabajo no es en vano, sino que es un fecundo resultado de gracias. Lo que sembraste en la tierra, aquí lo cosechas: lo que allí esparciste, aquí lo recoges. O ciertamente ven a aquel campo, que es el aroma de Jacob, es decir, ven al regazo de Jacob, para que como el pobre Lázaro en el seno de Abraham, así también tú descanses en la tranquilidad del patriarca Jacob; pues el seno de los patriarcas es un refugio de descanso eterno (Luc. XVI, 22). Con razón, pues, Jacob es un campo fructífero, como lo atestiguó el patriarca Isaac diciendo: He aquí el aroma de mi hijo como el aroma de un campo lleno, que el Señor ha bendecido (Gen. XXVII, 27).

73. Descansemos, dice, en las aldeas (Cant. VII, 11), mostrando que allí hay un descanso más seguro, que, protegido y rodeado por el refugio celestial, no es perturbado por los ataques de las bestias mundanas.

74. En nuestras puertas, dice, están todos los frutos de los árboles: nuevos y viejos, hermano mío, los he guardado para ti (Ibid., 13). ¿Quién te dará, hermano, como hermano mío, amamantando los pechos de mi madre? Al encontrarte afuera, te besaré; y ciertamente no me despreciarán: te tomaré y te llevaré a la casa de mi madre, y al secreto de aquella que me concibió. Te daré de beber del vino de unguento laborioso, del flujo de mis granadas maduras. Su izquierda estará bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará (Cant. VIII, 11 y ss.). Promete al hermano de augusta memoria, Graciano, que tiene a su disposición los frutos de diversas virtudes; pues él también fue fiel en el Señor, piadoso y manso, de corazón puro. Fue también casto de cuerpo, quien fuera del matrimonio no conoció la compañía de otra mujer.

75. Por eso, en las puertas de su sede tiene los frutos preparados, y no lejos de ser buscados. Ofrece al hermano lo que ha guardado, nuevo y viejo, es decir, los sacramentos del Antiguo Testamento y del Evangelio, y dice: ¿Quién te dará, hermano, como hermano mío amamantando los pechos de mi madre?, es decir, no cualquiera, sino Cristo, te iluminó con gracia espiritual, Él te bautizó, porque los servicios humanos te faltaron. Ha obtenido más, quien creías que había perdido menos. ¿Cuáles son los pechos de la Iglesia, sino los sacramentos del bautismo? Y bien dice, amamantando, como aquel que bautizado busca el jugo de la leche nívea. Al encontrarte afuera, dice, te besaré, es decir, al encontrarte fuera del cuerpo, te abrazaré con el beso de la paz mística. Nadie te despreciará, nadie te excluirá, te introduciré en los recintos y secretos de la madre Iglesia, y en todos los secretos del misterio; para que bebas la copa de la gracia espiritual.

76. Abrazado, pues, al hermano, comenzó a llevarlo a su propia morada: y porque con piadoso oficio había avanzado a cosas más altas, comenzó a ascender con el hermano, pidiendo que allí se aumente para él y su hermano una mayor caridad; ya que los vicios humanos habían desaparecido, la envidia y la jactancia, que en muchos suelen vaciar los derechos de la piedad fraterna.

77. Viéndolos, ya sean ángeles o otras almas, preguntan a aquellos que como en su compañía llevaban a estos hermanos y con oficio los conducían, diciendo: ¿Quién es esta que sube blanca, apoyada en su hermano? (Cant. VIII, 5). No dudemos tampoco nosotros de los méritos de Valentiniano, sino que ya creamos por los testimonios de los ángeles, que, limpiada la mancha del pecado, subió lavado, a quien su fe lavó, y su petición consagró. Creámoslo también como otros lo tienen, porque subió del desierto, es decir, de este lugar árido e inculto a aquellas floridas delicias, donde unido a su hermano disfruta del placer de la vida eterna.

78. ¡Bienaventurados ambos, si algo valdrán mis oraciones! Ningún día pasará sin mencionarlos, ninguna oración mía los pasará sin honrarlos, ninguna noche no los recorrerá sin otorgarles alguna parte de mis plegarias: con todas las ofrendas los frecuentaré. ¿Quién prohibirá nombrar a los inocentes? ¿Quién vetará abrazarlos con la prosecución de la recomendación? Si me olvido de ti, santa Jerusalén, es decir, santa alma, piadosa y pacífica hermandad, olvídense de mí mi diestra: adhiera mi lengua a mi paladar, si no me acordare de ti, si no me acordare de Jerusalén al principio de mi alegría (Psal. CXXXVI, 5 y ss.). Antes me olvidaré de mí mismo que de vosotros: y si alguna vez la palabra calla, hablará el afecto: y si la voz falla, no fallará la gracia, que está impresa en mis entrañas.

79. ¿Cómo cayeron los poderosos? ¿Cómo ambos cayeron sobre aquellos ríos de Babilonia? ¿Cómo fueron más rápidos los cursos de la vida de ambos, que los mismos flujos del Ródano? Oh, para mí, Graciano y Valentiniano, hermosos y queridísimos, ¡qué augusto fin disteis a vuestra vida! ¡Qué cercanas os fueron las fronteras de la muerte! ¡Qué cercanas las sepulturas! Graciano, digo, y Valentiniano, en vuestros nombres me agrada adherirme, y me deleita descansar en la conmemoración de vosotros. ¡Oh, Graciano y Valentiniano, hermosos y queridísimos para todos! Inseparables en vida, y en la muerte no estáis separados (II Reg. I, 23). No os separó el sepulcro, a quienes no distinguía el afecto. No os separó la causa de la muerte, a quienes una piedad unía. No os hizo dispare la distancia de las virtudes, a quienes una religión alimentaba. Más simples que las palomas, más ligeros que las águilas, más clementes que los corderos, más inocentes que los terneros. La flecha de Graciano no retrocedió, y la justicia de Valentiniano no fue vacía, ni su autoridad vana. ¿Cómo cayeron los poderosos sin lucha?

79. Me duelo por ti, hijo Graciano, muy dulce para mí. Diste muchas señales de tu piedad. Me buscabas entre tus peligros, en tus últimos momentos me llamabas, más te dolía mi dolor por ti. También me duelo por ti, hijo Valentiniano, muy hermoso para mí. Tu amor por mí había caído como el amor de un hijo. Pensabas que por mí serías librado de los peligros: no solo me amabas como a un padre, sino que esperabas en mí como tu redentor y liberador. Decías: ¿Crees que veré a mi padre? Tu voluntad sobre mí era hermosa, pero no eficaz presunción. ¡Ay de mí, vana esperanza en el hombre! pero buscabas al Señor en el sacerdote. ¡Ay de mí que no conocí antes tu voluntad! ¡Ay de mí que no enviaste antes en secreto! ¡Ay de mí qué prendas he perdido! ¿Cómo cayeron los poderosos, y perecieron las armas deseables? (II Reg. I, 27).

80. Señor, ya que nadie tiene, que a otro más ofrezca, que lo que para sí desea; no me separe de ellos después de la muerte, a quienes en esta vida sentí tan queridos. Señor, pido que donde yo esté, estén también ellos conmigo (Joan. XVII, 24); para que al menos allí disfrute de su perpetua compañía, ya que aquí no pude disfrutar de su más prolongada unión. Te ruego, Dios supremo, que resucites y levantes a estos jóvenes queridísimos con una pronta resurrección; para que compenses este inmaduro curso de vida con una resurrección más madura. Amén.